A la búsqueda de futuros pasados: Agenciamientos, narrativas y figuraciones en el marco de la filosofía de la historia

Tomás Sabio (FFyL-UBA)
tomassabio94@gmail.com

Introducción:

Hayden White, en un texto presente en el volumen *El contenido de la forma; narrativa, discurso y representación histórica* (1992), llamado "Salir de la historia: la redención de la narrativa en Jameson", sobre la particular filosofía de la historia marxista de Fredric Jameson, sostiene que uno no sólo desea hacia adelante, también desea hacia atrás (White: 161). En dicho sintagma se encuentra compendiado el motivo del trabajo; reflexionar sobre los modos de representación del pasado que nos permiten dar cuenta del carácter eminentemente plasmático de su disposición y las formas de agenciamiento que se presentan indisociables de las proyecciones futuras.

El pasado solo se nos puede aparecer como objeto de deseo en la medida en que se torne igual de indeterminado que el futuro, tan poco exhaustivo su análisis como en las formas de las predicciones. Eso no supone la relativización ontológica de los acontecimientos acaecidos, sino más bien la persistente vocación humana por significar el peso de la necesidad que nos oprime en la temporalidad vivida como lo ya hecho y lo ya hace tiempo ocurrido. Esa necesidad tiene que ser narrada, los acontecimientos articulados en un plexo sintagmático significativo para nuestras vidas, esa sucesión deberá poblarse de elipsis, desazones y conclusiones.

Jameson, nos refiere White, sostiene que la historia no es un texto más, pero sólo podemos acceder a él de forma textualizada (White: 160). Esto esclarece que la historia aparece como el horizonte irrebasable de nuestras actividades, la facticidad, para usar un término sartreano que volverá a aparecer, sobre la cual no podemos evitar reaccionar de cierta manera; ¿cómo reaccionamos a nuestras herencias? ¿Cuáles son nuestras herencias? ¿Qué nos puede legar una herencia a pesar de ella misma?

Todas estas preguntas remiten al problema que White condensa con la noción de genealogía nietzscheana, pero que aparece en su propia obra, como en "¿Qué es un sistema histórico?" (White: 2011), artículo de finales de los 60 aparecido en *La ficción de la narrativa* y que implica que las comunidades humanas tienen una relación con su herencia, su pasado, que se estructura retroactivamente, de forma que parecen poder elegir a sus antepasados al elegir el pasado del futuro al que buscan propender como un centro de gravedad. Cada futuro, cada proyecto de ser de una comunidad, tiene su pasado respectivo, diseñado en un reenfoque de la necesidad a los puntos de los hechos posibles que decidirán privilegiar y cuales desdeñar como carne de elipsis.

El problema de la redescripción del pasado a partir de hechos futuros es signado por White con la categoría de constitución ancestral retroactiva y con la categoría de causalidad narratológica para dar cuenta de la operación que lleva adelante Jameson en su hermenéutica marxista. En ambos casos

encontramos tematizado el mismo problema; en el primer caso la noción está fuertemente ligada a la noción de reasunción constitutiva, tal como aparece en *El ser y la nada* (Sartre 1943/2011), mientras que en la segunda se deja entrever la importancia fundamental que tiene, tanto para Jameson como el mismo White, la noción de figura elaborada por Eric Auerbach.

Por lo tanto, en este drama filosófico aparecerán los personajes de Sartre, White, Auerbach y Jameson; entre esas cuatro líneas se pretenderá, por un lado, evaluar la relevancia para las posturas de White y Jameson del concepto de figura, como hermenéutica histórica de cuño occidental, que permite estructurar el relato histórico como una relación de prefiguraciones y consumaciones y le da un matiz de indeterminación última al pasado. Por otro lado, también se relevará la contribución subanalizada de la fenomenología existencialista de Sarte, cuya forma de pensar la temporalidad de la conciencia abreva en la misma contingencia y plasticidad para dar cuenta de los modos de organizar los hechos del pasado en torno al centro ausente de una conciencia que se caracteriza por no ser.

Finalmente, se buscará dar cuenta del agenciamiento y, por consiguiente la politicidad, que signa cualquier elaboración del pasado, elaboración que es en sí misma una apropiación con sus intereses y efectos moralizantes. Por lo tanto, el pasado aparecerá como una empresa de tamaña relevancia para cualquier impulso transformador.

Hermenéutica figural

La noción de figura que Auerbach desarrolla en el texto de título homólogo (1998) tiene el objetivo de presentarla como una peculiar invención del cristianismo primitivo para asimilar el Antiguo Testamento como elemento orgánico, aunque subsumido, de los evangelios. La figura, en su derrotero histórico, se fue convirtiendo en una hermenéutica propiamente histórica que permite establecer un vínculo retroactivo entre dos hechos distanciados temporalmente. En sus propias palabras, "la figura es algo verdadero e histórico que representa y anuncia otro algo igualmente verdadero e histórico" (1998: 69).

De esta manera, la figura se condensa en una relación entre figura y consumación, donde el segundo hecho se considera cumplimento de lo exhortado en el primero. Así, el Antiguo Testamento en tanto libro de la ley y de la historia del pueblo de Israel se convierte en un conjunto de prefiguraciones de Cristo (Auerbach, 1998: 98). El primer hecho sólo termina de consolidarse en la medida en que se cumple el segundo. Por esto, Auerbach llama la atención sobre la relación profundamente diferente entre hecho e interpretación dada en la interpretación figural y la concepción moderna de la historia. En el primer caso, el hecho y la interpretación son inescindibles, no se puede pensar el hecho desligado de su inmersión en el curso significativo en que lo ubica la figuración; en el segundo, la concepción moderna busca constantemente la posibilidad de separarlos (Auerbach, 1998: 107).

La figura comienza en parte su periplo con las apropiaciones por parte de la antigüedad pagana y su progresiva incorporación al vocabulario retórico en Cicerón y Quintiliano en la díada de tropos y figuras. Luego se llega a la asimilación más original como una muy eficaz hermenéutica política en los desarrollos de los padres de la iglesia. En ella, como se mencionó más arriba, nos encontramos con la una operación de transcodificación del antiguo testamento en un conjunto de anuncios del nuevo testamento. De esta manera, la antigua ley expresada en el antiguo testamento pierde su eficacia localista y nacional, para devenir una historia de las primeras formas de lo que se consumaría más adelante, con la llegada de Jesús.

La figura cumple el rol de una hermenéutica que expropia los contenidos de una cultura particular en y los narrativiza para ponerlos en conexión con sucesos futuros que cambian su significación y re-perfilan sus objetivos culturales. El primer hecho histórico no se deshistoriza, más bien se re-historiza como parte de una intervención vertical de un sentido trascendente que lo convierte en umbral y lo ahonda en sus futuras consecuencias. Nos encontramos, para Auerbach, con una estrategia retórico-política muy virtuosa para lograr producir una narrativa lo suficientemente purgada de elementos provincialistas para lograr la adscripción de culturas por evangelizar; todos aquellos detalles muy anclados a una comunidad particular se convierten en un primer capítulo de la historia de la salvación universal.

Así, hacia afuera, la interpretación figural tiene el objetivo de expandir las posibilidades de asimilación de culturas no cristianizadas aún al despojar a la narrativa veterotestamentaria de sus características localistas. Hacia dentro del mundo cristiano su rol es elaborar una interpretación historicista de la Biblia, oponiéndose a lecturas muy corrientes en la época, tendientes a una lectura alegórica. En esta última variante interpretativa uno de los polos del sintagma aparece como histórico y el otro como expresión moral o espiritual del mismo (Auerbach: 100). La hermenéutica figural, por el contrario, establece la plena historicidad de toda la cadena interpretada; tanto Moisés como Jesús son personajes históricos, más allá de que la trama de uno esté también anunciando la vida del otro, que va a consumar el destino proclamado por el primero.

Esta innovación llevada a cabo por el cristianismo nos ubica, para Auerbach, en una peculiar forma de pensar la conciencia histórica en occidente, “el modo de concebir figuralmente el acontecer histórico” (Auerbach: 109). De la misma manera, Auerbach se ve en la obligación de distinguir entre la forma, propiamente figural de la interpretación histórica, con su causalidad invertida, de la interpretación histórica moderna. En el segundo caso nos encontramos con la forma profesionalizada de la empresa historiográfica, donde cada acontecimientos se entiende como el efecto causal de los acontecimientos previos, donde cada acontecimiento es agotado exhaustivamente en su acontecer o, de lo contrario, progresivamente desplegado en sus efectos explicativos en la línea horizontal de su acaecer.

Por otro lado, la interpretación figural hace del acontecer histórico un espacio provisional, donde el sentido de los acontecimientos nunca queda exonerado de su misterio; hay una intervención vertical,

que hace del pasado el umbral significativo de los sucesos del porvenir., desprovista de la causalidad mecanicista del encadenamiento horizontal y significada por una instancia trascendente (Auerbach: 107).

En esta forma específica de hermenéutica histórica, la causalidad despliega una estructura narrativa; por ello mismo, no puede pensarse el sentido de cada acontecimiento por aquel que le sigue y le antecede, sino que se torna impredecible la forma de apropiación de los hechos pasados; nunca podemos estar seguros de los modos en que van a ser expropiadas nuestros proyectos y empresas o en qué punto de y a qué distancia está cierto hecho del pasado con aquello que lo va a significar. No nos es accesible, desde el pasado, si la bastilla, aquella cárcel del antiguo régimen, será el edificio derruido de una ciudad que la olvidó, o el inicio de la trama revolucionaria de una comedia de los insurgentes del tercer estado o si un escritor, en una buhardilla de París en 1929, está inaugurando la literatura de entreguerras. Nos encontramos con la doble direccionalidad, horizontal y vertical, de la interpretación histórica, y podríamos considerar que, en el caso de la interpretación figural se puede leer un trasunto de la filosofía de la historia, donde la misma provisionalidad del pasado es el testimonio más relevante para dar cuenta de la ontología plástica del pasado y la indeterminación última de sus posibilidades de apropiación.

Esta pequeña obra es fundacional a la hora de pensar el problema que nos propusimos abordar; la plasticidad del pasado para una perspectiva narrativa-hermenéutica. En esta forma, eminentemente política de la interpretación, el pasado deja de aparecer como un almacén de objetos consumados expectantes por ser desenterrados, ya plenos de causalidad y significación. El pasado se deja moldear por situaciones futuras que los iluminan con los contornos necesarios para articularla como un capítulo fundamental para una trama no conocida por los personajes. La politicidad de semejante forma de interpretación queda clara cuando nos percatamos de la indecibilidad de los acontecimientos históricos y el potencial expropiador de dicha hermenéutica. Ahora queda por ver cómo semejante invento de la patrística, como estrategia de expansión espiritual, puede consumarse, a su vez, en una hermenéutica marxista o puede verse en paralelo con la filosofía de la conciencia y la temporalidad del existencialismo sartreano.

La herencia elegida

En el artículo "¿Qué es un sistema histórico?" (White: 2011), surgido de una conferencia leída ante biólogos en 1967 y publicado en 1972, se da una condensación precisa del lugar de la agencia y su capacidad de reinventar el pasado en el marco de una ontología fuertemente ligada a la apuesta existencialista. En esta conferencia, White se propone como objetivo máximo la distinción entre un sistema histórico y uno biológico, así como las consecuencias ontológicas e historiográficas de dicha distinción. La biología brinda un modelo explicativo muy tentador para los historiadores, al permitirles un esquema significativo donde grandes procesos socioculturales son reducidos a fases

vitales (White, 2011: 256). Así, procesos de expansión y decadencia de una determinada comunidad o civilización son explicados desde la analogía con organismos vivos. Entonces la decadencia de Roma es su muerte y la consecuente hegemonía cristiana es un nacimiento en el seno de la capital imperial fallecida. Herencia, variación y mutación: he aquí la tríada genetista que alumbra las explicaciones biológicas y determina la biografía de cuanto organismo habita el planeta y exhuma sus posibilidades analíticas. Sin embargo, para White, hay dos variables irrelevantes en la biología, pero fundamentales para la historia, a saber: los propósitos y las elecciones (2011: 253). Éstas dan lugar a un abismo epistemológico entre los sistemas históricos y los biológicos, explicitando una diferencia esencial entre ambos.

De esta manera, el modelo explicativo que propone la biología permanece perplejo ante la incapacidad adaptativa en ciertos procesos culturales, donde los modelos de conducta que proyecta el pasado como brújula moral terminan en elecciones autodestructivas. El ejemplo de White es elocuente: "el adepto al código japonés del *bushido* responde a un sentimiento cultural de vergüenza de tal modo que determinados tipos de fracaso lo obligan a suicidarse" (2011: 253). Esta práctica resulta inefable para un sistema que hace de la adaptación la meta incontestable de todo organismo vivo. En el ejemplo de White, la libertad de seguir el modelo de virtud de los antepasados es más determinante que el deseo de adaptación, dejando como única posibilidad explicativa, desde un enfoque biológico, el fracaso de una comunidad allí donde ésta vislumbra su más digna realización. En este sentido, White afirma que "los sistemas socioculturales no tienen «vida» excepto en la medida en que las personas los aceptan como sistemas adecuados para vivir una vida propiamente humana" (2011: 255)

Las sociedades humanas, explica White, se diferencian de otros organismos en tanto actúan como si pudieran elegir sus antepasados. El pasado carece de sentido si no es por el que las sociedades le dan con base en sus proyectos futuros, eligen al modelo de antepasado para que del mismo emanen las coacciones dirigidas para lograr ciertas conductas. En esta construcción ancestral retroactiva, tal como la caracteriza White (2018: 260), reside el poder constitutivo de las elecciones de los seres humanos. En el pasado se vislumbra la libertad del proyecto humano. Las reflexiones sobre las sociedades y sus comportamientos no pueden agotarse en un modelo explicativo cuyas variables determinantes son las de la biología genética.

Las sociedades occidentales, en el Medioevo, se desplazaron de la cosmovisión romana hacia la cristiana y se reinventaron como comunidad histórica al iluminar su pasado dándole otra fisonomía (White, 2011: 259). La sociedad romana no agotó su potencial genético, ello no explica su ocaso; habría permanecido vital si quienes la habitaban hubieran asumido que era la mejor forma de vivir una vida propiamente humana (White, 2011: 259). El poder constitutivo de las decisiones marca el cambio de horizonte y da cuenta del sentido evanescente de todo sistema histórico, de la falta de sentido pleno de toda empresa humana. Este pasado transformado no tiene un objetivo autocontenido, su función es orientar el cauce de los acontecimientos al futuro.

Al igual que en el caso de la hermenéutica figural tramada por Auerbach, nos volvemos a encontrar con una variante interpretativa que presupone una ontología plástica del ser histórico; esto es, una necesaria ductilidad de los modos en que vivimos aquello que nos ocurrió y las formas en que reaccionamos a nuestras herencias. Esto no desacredita el peso incontestable de la necesidad, de los acaecimientos espacio-temporalmente situados en una línea horizontal. Lo plasmático del pasado no viene dado como consecuencia de una operación epistemológica previa, donde al referente le sea negado toda realidad intersubjetiva. Lo plasmático viene al mundo por el dispositivo ubicuo de la narrativa, dispositivo capaz de intercalar puntos y reorientar la mirada para, así, disponer del inabarcable torrente de hechos ocurridos en una dinámica significativa a escala humana.

La pregunta que se impone ahora remite a la eficacia y la función social de la narrativa en este contexto teórico. En el artículo "El valor de la narrativa" White sostiene que la narrativa tiene la capacidad, frente a otras formas de representar el pasado, de hacer deseable lo real (White, 1992: 35). Esta deseabilidad viene dada por la capacidad de la narrativa de dotar de coherencia formal a los acontecimientos narrados. Es el orden así impuesto el que permite pasar de la forma de la crónica, representación paratáctica de los sucesos mentados, sin incluir ninguna relación de prioridad entre uno y otro, a una hipotáctica, donde los distintos eventos se estructuran en una relación de jerarquías y subordinaciones.

La deseabilidad, entonces, viene dada por la capacidad de la narrativa de no sólo signar el pasado, sino articularlo de forma que tenga un sentido específico que exhorte a la acción a quien interpela. En este marco entra la otra característica que encuentra White en la narrativa; el deseo de moralizar sobre los acontecimientos que narra (White: 29). No sólo se trata de dar coherencia formal a los eventos tematizados, de jerarquizarlos y darles una ilusión plenitud imaginada, sino que esa misma coherencia formal supone un deseo de dar cuenta de la justicia o injusticia de lo narrado. Esta posibilidad de moralizar que inhiere en toda narrativa presupone que deben existir siempre, para todo grupo de eventos, al menos dos versiones posibles (White: 34). La representación narrativa de la historia presupone la indeterminación última del sentido de los hechos tramados por la misma naturaleza de su diseño.

Esta forma de representación se encuentra totalmente explicitada en la cuarta forma de representación histórica que tematiza White (luego de la crónica, los *annales* y la historia propiamente dicha) y que es la más desdeñada por los historiadores profesionales; la filosofía de la historia. En esta última, los eventos no tienen más relevancia que la de ser los vehículos expresivos de la significación general de la historia que se busca narrar. Los hechos particulares se muestran como epifenómenos de la trama elegida (White: 35). Es en esta versión agudizada de las narratividad de los hechos históricos donde se expresa una plenitud significativa que nos invita a participar de un mismo universo moral, ya sea el universo de la lucha de clases o de la progresiva imposición del espíritu absoluto bajo la forma del Estado moderno.

En la propuesta whiteana se asume la misma relevancia para un tipo de hermenéutica que encuentra en la narrativa la forma de intervenir sobre los modos, aparentemente solidificados de un pasado a inventariar, para perfilar una lectura de la politicidad propia de las apropiaciones del pasado. Esta lectura vertical de las filosofías de la historia, a despecho de las horizontales de la historia propiamente dicha, aparece como una dinámica continua donde la lectura vertical es asimilada por la deseabilidad a la que invita, pero cuya razón de ser está en la historicidad de lo que se articula. Por ello mismo, podríamos sostener, con White, que toda narración histórica supone una filosofía de la historia, dado la indecibilidad última de la significación de los eventos narrados y que en los historiadores profesionales suele estar reprimida o no tematizada.

El pasado que soy

La fenomenología existencial de Jean-Paul Sartre parece muy distante de los intereses figurales o narrativistas trabajados hasta ahora. Sin embargo, en su obra *El ser y la nada* (Sartre, 2011 [1943]) el filósofo francés describe la estructura fundamental del *Para-sí*, considerado como esa dimensión del *ser-en-sí* caracterizada por ser una nada que lo infesta y hace que, antes, haya un mundo como la negación que estructura su modo de ser. Una gran parte del libro está dedicada a la temporalidad y al pasado como una dimensión fundamental de la misma. En su fenomenología de la temporalidad, Sartre sostiene que el pasado debe tener un estatus que no se resuelva ni en el no-ser absoluto; es decir la vía parmenídea que lo ubica como una senda intransitable para el conocimiento de los seres humanos, pero tampoco un perpetuo presente que se resuelve en la teoría de las trazas cerebrales en boga en la década de 1940 y que postulaba una espacialización de los recuerdos como marcas presentes en el cerebro que permitían volver a un estímulo ya no presente.

En consecuencia, el pasado es irremediable, todos tenemos uno y no podemos suprimirlo. Por otro lado, el pasado sólo es en tanto le doy un sentido en el cual se funda mi proyecto existencial, pues el *Para-sí*, que es pura huida, lo trae al mundo (Sartre, 2011: 675). El pasado es para ser trascendido, así como la libertad es elección y ésta es cambio, el cual es transformar algo; ese algo es el ser. De esta manera nos encontramos con la facticidad, el hecho bruto de tener un pasado por el mero hecho de transcurrir, el peso de acontecimientos previos que enmarcan mi situación actual. Pero dicho pasado nunca es accesible en su desnudez acontecimental, requiere siempre ser articulado como la forma específica en que lo vivo actualmente, la forma dinámica en que lo experimento respecto al presente y al futuro. La factibilidad siempre requiere que reaccionemos de cierta manera a ella, que la vivamos como una condena o una prefiguración.

La contracara de la facticidad es la libertad como modo de ser del *para-sí*, la forma en que la realidad humana se da como una nada que niega la pétrea sustancia del *para-sí* como aquello que permanece siempre como lo que ya es. De modo que la libertad es la forma específica de una negación del *ser-en-sí* y se constituye como un ser temporalizado, donde siempre estamos proyectados a un futuro

al que nunca plenificamos y que, sin embargo, el movimiento persiste como aquello que siempre debe trascender lo que siempre se constituye como pasado, como aquello dejado atrás para poder buscarse en sus posibles futuros; en ese sentido las piedras o la humedad que se cuela por las paredes no tienen pasado. Sólo hay pasado para aquel ser cuyo ser está en ser lo que no es y no ser lo que es. De modo que nos encontramos con un ser que sólo tiene pasado porque es un movimiento constante de trascendencia hacia un futuro único, la plenitud vacía de los futuros proyectados; por eso mismo el pasado tiene un vínculo orgánico con el futuro, de forma tal, que es impensable una noción mineral del pasado que lo identifique con algo consumado. El pasado lo vivimos, como aquella facticidad que trascendemos o la situación sobre la que no podemos evitar reaccionar de cierta manera.

Analizar la toma de la Bastilla, para volver al mismo ejemplo referido previamente, como algo sucedido en Francia en 1789, es quedarse en la mera crónica; articularla, en todas sus derivaciones epifenómenos y matices como la consumación publicitaria de una burguesía en ascenso con necesidad de mitos legitimadores o como el primer eslabón de un recorrido histórico, cuya máxima consagración sería la revolución rusa, es iluminar la facticidad con la libertad de la acción (Sartre, 2011: 679). El pasado es aquello en honor a lo cual generamos nuestro modo de conducta, los héroes a los que les retribuimos con las elecciones cotidianas, los hitos de nuestra identidad, los futuros consagratorios de los antecedentes y las vísperas.

Sartre llama a esta función creación retrospectiva. La elección del pasado, en este caso, tiene el mismo tenor que la afirmación de la libertad sartreana, donde el ejercicio de la misma es totalmente libre e inescapable. Sartre sostiene que la libertad, como condición requerida para la nihilización del ser, no es una propiedad de la nada, sino su intraestructura fundamental. Por lo tanto, "la libertad humana precede a la esencia del hombre y la hace posible [...] Lo que llamamos libertad es indistinguible del ser de la «realidad humana»" (Sartre, 2011: 68). Del mismo modo, en White, aquellas variables que le faltan a los sistemas biológicos, los propósitos y las elecciones, son constitutivas de las comunidades humanas en tanto modo de ser de las mismas. Se es libre, pero no se puede elegir no elegir, de ahí la célebre consigna que conjuga la plena libertad y su total contingencia, su más alto sentido creativo y su más angustiante labor: estamos condenados a ser libres.

De esta manera nos encontramos con una estructura fenomenológica de la temporalidad que implica una relación narrativa con sus propias vivencias. A diferencia de los postulados hermenéuticos y narrativistas de Auerbach o White, en este caso nos encontramos con un modo de ser de la conciencia, por lo que podríamos hablar que en Sartre nos encontramos con una conciencia figural. Esto implica dar lugar a una conciencia que estructura el caos propio de un ser que es insondable en su completa superficialidad, por un orden *a posteriori* que determina los sentidos de la facticidad por los proyectos no deliberados, pero libremente elegidos.

La interpelación del pasado es proporcional a lo que nos acicatea el futuro, la urgencia del pasado viene de la proyección del futuro que lo viene a consolidar o a refutar, "así, lo apremiante del futuro proviene del pasado" (Sartre, 2011: 677). El futuro es la culminación del pasado. Si el pasado no es

algo fijo, sino flexible y lábil; si no nos enfrentamos a él desde la asepsia de la lejanía, sino desde la cercanía de nuestro arrojo al futuro; si el pasado que convalidamos o refutamos es la víspera de nuestro futuro, sólo queda por concluir que su figuración es una responsabilidad fundamental para cada ser humano y toda comunidad que se precie de tal. En esta apertura ineluctable, el *Para-sí* y el pasado como estructura fundamental de su temporalidad, se presenta como perpetua afirmación de libertad. La existencia precede a la esencia, el futuro precede al pasado.

Causalidades narratológicas

En el artículo "Salir de la historia: la redención de la narrativa en Jameson" Hayden White se encarga de analizar la hermenéutica marxista presente en *Documentos de cultura, Documentos de barbarie* (Jameson: 1989). El punto de partida de la perspectiva whiteana es la caracterización del marxismo como una filosofía social reactiva, es decir, un pensamiento que no se torna acomodaticio respecto de su contexto de emergencia, sino que se postula como una elaboración utópica. Por lo tanto, no puede pensarse al marxismo como una disciplina meramente descriptiva del estado de cosas vinculante en el sistema económico capitalista; es el deseo de redención el que está presente en él como elemento constitutivo (White: 156)

Es la trama del deseo de liberación la que debe ser tematizada y que se da de manera eminente en los artefactos culturales, documentos de la realidad del deseo de redención, tal como lo expresa White. No es casualidad, en ese sentido, que el trabajo de Jameson se encauce hacia la una teorización de uno de los dispositivos que tornan deseable lo real: la narrativa. Es la narrativa, entendida como un acto socialmente simbólico, el dispositivo que va a moldear los modos del impulso utópico presente en las historias que traman los conflictos en los que nos vemos embargados y los caminos para salir de ellos.

La narrativa es un acto socialmente simbólico dado su carácter dual en donde, según Jameson, expresa las condiciones de enunciación enraizadas en cierto modo de producción principal y, por otro lado, articula a través de su forma una resolución imaginaria de las contradicciones reales. Es decir, la narrativa resuelve, en el plano de la imaginación, aquellas contradicciones que se auscultan en el mundo social. Al mismo tiempo que una enunciación de aquello que nos pesa y cuya facticidad se expresa nos encontramos con impulso utópico que busca reconciliar una totalidad perdida. La historia, para invitar a la agencia como forma disponible en el inventario de acciones respecto del pasado, tiene que lograr unificar las historias particulares y autoconclusivas en una única aventura humana que aparezca como la totalidad ausente donde aguarda el sentido (White: 160)

Este impulso utópico siempre a distancia se expresa en lo que Jameson llama el inconsciente político de todo artefacto cultural y que White vincula con la visión anagógica, donde se percibe el universo reconciliado que se postula como plenificación de la realización del sentido. En la narrativa es donde encontraremos el impulso utópico de la representación del pasado. Para entender esto es necesario

para Jameson dar cuenta del problema de la causalidad, esto es, de cómo vincular los hechos históricos para lograr los efectos plásticos que supone la narrativa.

Jameson distingue tres tipos de causalidad, la mecanicista, la expresiva y la estructural (Jameson: 22) cada una de las cuales no disputan entre sí la preeminencia epistemológica. Cada una de ellas expresa un nivel explicativo del nivel de la sociedad cosificada en la que vivimos, por lo que la causalidad mecánica no puede desdeñarse, aunque no sea la forma exhaustiva de análisis social. Cada una de estas tres formas de causalidad está asociada con un autor específico; la mecanicista con Descartes, la expresiva con Hegel y la estructural con Althusser. Lo importante de este rodeo por la discusión por la causalidad está convocada por la pregunta por los modos de explicar los fenómenos históricos que no devenga en perspectivas deterministas y que incorpore la visión utópica planteada antes.

En este contexto Jameson reestructura la causalidad estructural desarrollada por Althusser para incorporar las posibilidades de la narrativa, pero es ahí donde White interviene e incorpora, en su lectura de la obra de Jameson, lo que considera una cuarta forma de causalidad que atraviesa el texto; la causalidad narratológica. Esta cuarta modalidad de la causalidad tiene la capacidad de " [...] captar un pasado por la conciencia a fin de hacer del presente la satisfacción de la promesa de este último en vez de meramente un efecto de alguna causa anterior" (White: 161). Esto supone, que en esta forma de causalidad, se logra algo fundamental para una perspectiva con pretensiones de ser políticamente vinculante; sublimar la necesidad en un símbolo de libertad posible (White: *ídem*).

Esta lectura que para White expresa el paradigma de la conversión, donde se lee un evento pasado aparentemente irrelevante como el primer paso de un evento posterior que le termina por dar toda su significación, se sitúa en una clara lectura figural de la propia hermenéutica marxista de Jameson. No es difícil hacer esta operación, dada la propia influencia que tuvo Auerbach en Jameson como su director de tesis de doctorado, como por la influencia de la impronta figural de la fenomenología sartreana en el filósofo marxista.

Conclusión

El presupuesto que aparece persistente en los horizontes teóricos que hemos elaborado es que nadie representa el pasado como una actividad de asepsia o inercia protocolar. El pasado aparece como parte fundamental de la politicidad que inflamada a los plexos sociales, como parte del deseo de hacer del pasado su respectivo futuro, de forma tal que los modos de agenciar políticamente nuestra existencia en el mundo implican la elección de una temporalidad transversal.

La hermenéutica figural desarrollada por Auerbach nos muestra que al continuo espacio-temporal, donde nos encontramos con un precipitado de constantes nuevos eventos que dejan atrás los ya acontecidos, la patrística promovió una intervención vertical que se resolvía en una triangulación donde un hecho futuro se vinculaba de forma de consagrar un evento pasado de forma no mecánica. Esto implica que la consumación no estaba contenida en los pliegues del hecho anterior, sino que lo

disponía retroactivamente. Es cierto que, al menos para los motivos contingentes con que se desarrolló la interpretación figural, el sentido vertical venía dado por una instancia trascendente, luego trasunto en las filosofías especulativas de la historia. Pero la impronta figural abrió los caminos para una ontología del pasado que es clara en Hayden White, cuya obra es una larga reflexión sobre las formas en que prefiguramos el campo histórico de modo tal que el pasado aparece como el efecto de un conjunto de operaciones retóricas y poéticas. Es la narrativa sobre el pasado la que hace deseable lo real, lo torna significativo y lo escenifica en cierta atmósfera moral y epistemológica.

En la hermenéutica marxista de Jameson también vislumbramos una lectura sobre los efectos virtuosos del dispositivo narrativo para convertir las causalidades mecanicistas de la sucesión de modos de producción en un espacio que acicatea a la acción. Es la causalidad narratológica (o figural) propuesta por White la que permite hacer de la necesidad de un pasado, de su facticidad, la trama significativa de la actividad humana. Este dispositivo de traducción convierte el peso de la necesidad en secuencias, narrativamente informadas, de agentes, tramas y conflictos.

Finalmente, en la fenomenología existencial sartreana se rastrea la impronta figural convertida en un modo de ser de la conciencia, donde la dinámica propia del *para-sí* entendida como realidad humana modela su temporalidad en términos holísticos. El futuro aparece como el centro plenificado y vacío hacia el que tienden inútilmente todas las acciones humanas. Por esto el pasado es, a la vez, la facticidad y la libertad, las formas de lo ya consumado, parte de aquello que ya es inmodificable y el trasfondo a iluminar de los efectos futuros postulados. La conciencia se proyecta a un futuro que elabora su pasado retroactivo correspondiente, de forma que se eligen ambos a la vez.

En este sentido, los distintos personajes de esta trama especulativa permiten, con sus matices, converger en una ontología existencial-figurativa que postula un pasado plástico a la medida de las formas de diseñar los diversos modos políticamente disputados de nuestra vida en común.

Bibliografía

• Auerbach, E. (1998). *Figura.* Trotta.

• Jameson, F. (1989). *Documentos de cultura, documentos de barbarie: La narrativa como acto socialmente simbólico*. Visor Distribuciones.

• Sartre, J.-P. (2011). *El ser y la nada: Ensayo de ontología fenomenológica*. Losada.

• White, H. (1992). *El contenido de la forma: Narrativa, discurso y representación histórica.* Paidós.

• White, H. (2011). *La ficción de la narrativa: Ensayos sobre historia, literatura y teoría 1957-2007*. Eterna Cadencia.